





Urbina, Roberto Avendaño

Pastor amigo. Biografía Mons. Ysern / Roberto Avendaño Urbina - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur, 2017.

384 p.; 22 x 14,5 cm

ISBN 978-987-740-234-6

1. Religión . I. Título. CDD 920

Título: Pastor amigo: Biografía Mons. Ysern

Autor: Roberto Avendaño Urbina

Gerente Editorial: Francisco Javier Navarro Editor Ejecutivo: Mario González Jurado

Editor: Tomás Verger

Primera edición: abril de 2017

© 2017, Roberto Avendaño Urbina

© 2016, PPC Argentina S.A.

ISBN 978-987-740-234-6

#### PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2 piso

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Esta tirada de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de abril de 2017 en FP Compañía Impresora S.A. - Beruti 1560 - Florida (1602) - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Libro de edición argentina / Made in Argentina Impreso en Argentina / Printed in Argentina

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

Dejo constancia de mi enorme y profundo agradecimiento por los datos aportados, los comentarios enriquecedores y la generosidad para apoyar este trabajo, a estas personas:

Pilar y José Luis Ysern de Arce Martita Woerner Javier de la Calle Raúl Manríquez Asunta Montoya Enrique Olivé Pedro Sánchez Claudio Urtubia Marisa Gea

### Prólogo

### Ha hecho vida el Concilio

En mis últimos años de servicio episcopal en la diócesis de Rancagua, he tenido el privilegio de compartir de cerca con el obispo Juan Luis Ysern. Por una parte, viendo su enorme aporte en los procesos judiciales para discernir la validez del matrimonio de decenas de parejas; y también compartiendo semanalmente durante su estadía con nosotros. Ha sido sobre todo en estos momentos de amistosa convivencia que he profundizado el cariño a este hermano obispo y la admiración a su gigantesca labor como pastor.

Su coherencia y perseverancia han sido las principales herramientas para poner en marcha procesos de cambio cultural en la Iglesia y, desde ella, en la sociedad donde quiere ser levadura.

Cuando me incorporé a la Conferencia Episcopal, hacía ya siete años que Mons. Ysern era obispo e integraba su Comisión Pastoral. De bajo perfil, no destacaba mucho, aunque sus intervenciones eran siempre orientadoras, profundas e incisivas. Durante las asambleas plenarias seguía atentamente las exposiciones y se le veía concentrado en sus contenidos. Con tiempo incluso para escribir sus sabrosas "crónicas" en castellano antiguo.

Hasta nosotros llegaban los ecos de su gestión pastoral en la diócesis de Ancud, donde aplicaba las orientaciones esenciales del Concilio Vaticano II enfatizando la centralidad en las personas, su protagonismo en la sociedad y en la Iglesia, y el respeto a sus identidades. En estos énfasis, mostraba la presencia de Dios, de quien somos imagen; y con ello animaba a buscar caminos para ir siendo cada día más y mejores personas, en un contexto social que contribuyera a ese mismo fin.

En esta síntesis, Mons. Ysern revela el misericordioso amor de Dios Padre, la presencia viva del Señor Jesús en nosotros y en los acontecimientos, y la activa acción del Espíritu de Dios en la conducción de la historia hasta el encuentro final definitivo.

Una labor pastoral tan extensa, variada y compleja como la realizada por él en su servicio episcopal y sacerdotal, es modelo para nosotros, sacerdotes y obispos, que buscamos ser fieles a lo que el Señor Jesús, a quien seguimos, espera de nosotros.

Con esa disposición permanente a acoger al otro, a estar cerca de las personas, sobre todo de las que más sufren, a apoyar todo lo que sirva al desarrollo integral que permita más bienestar a todos, el servicio pastoral se enriquece y se hace aporte valioso en la construcción del reino.

Me halaga presentar esta biografía de Mons. Juan Luis Ysern que, estoy seguro, incentivará a muchos sacerdotes y tal vez incluso obispos a buscar sus propios modos de seguir haciendo vida las orientaciones del Concilio Vaticano II y, ante todo, mostrando en nuestras propias vidas el anuncio del evangelio de Jesús.

+ Alejandro Goic Karmelic Obispo de Rancagua

### Introducción

Tras una apariencia de persona tradicional, rigurosa en los ritos religiosos y de tan bajo perfil que podría pasar desapercibida, se esconde un fiel y profundo discípulo del Concilio Vaticano II con sus grandes reformas a la Iglesia y, sobre todo, con una concepción de ella, de su misión y de su relación con la sociedad que rompe con la tradición eclesial que Juan Luis recibió en su infancia.

Se trata de un hombre esencialmente contemplativo. Con la mirada puesta en Dios mismo, en su realidad de comunión: Padre, Creador; Hijo, Salvador; y Espíritu Santo, animador, que impulsa la vida hasta la parusía, el reencuentro con el Dios creador. Desde esta mirada, Juan Luis considera que todo, todo el universo, todas las formas de vida están en proceso hacia Dios, su creador; la vida humana, entera, también. La presencia del pecado hace necesario actuar persistentemente para mantener la orientación de todo hacia su finalidad propia, en Dios.

Es por esto que en Juan Luis hay síntesis. No hay dicotomías. No separa fe y vida, Iglesia y mundo, yo y tú, desarrollo social y acción pastoral. Concibe todo integrado en la única línea vital que impulsa a la creación hacia su "punto omega". Y en esto ha sido consecuente, sin transar, hasta las últimas consecuencias.

No ha sido fácil entenderlo. Muchos no lo lograron. Nuestra formación racional, que tiende a clasificar más que a unir, impide comprender, pero más aún: impide hacer vida esa comprensión integral, coherente, de la vida. En la que

todo adquiere sentido y tiene su fundamento en el Evangelio como expresión, Palabra de Dios, que nos indica la manera en cómo llevar la historia hacia Él.

Para Juan Luis no hay diferencias entre su actuación en defensa del bosque nativo de Chiloé y administrar el sacramento de la confirmación en la capilla de Chuit, en las islas Desertores; o entre su catequesis al visitar la comunidad de Vilupulli y el esfuerzo por mantener la red de radios "Estrella del Mar"; o entre sus preocupaciones y esfuerzos por defender la identidad cultural en Chiloé y su misión pastoral propia de obispo. Todo es parte de la misma acción emanada de su compromiso con el evangelio y su adhesión vital, íntima, a Dios en la persona de Jesús.

Quien vive su fe solo a través de sus expresiones religiosas no logra comprender que las actuaciones en su trabajo diario, en su relación con amigos, organizaciones o familia, en sus diversiones, son todas ellas también ámbitos donde se vive la fe. Mantener esa coherencia no es fácil para muchos de nosotros. Juan Luis la vive con una naturalidad admirable y envidiable. Tanta que no le resulta fácil entender que los demás no tengamos la misma compresión.

Esto, también, complica para escribir su biografía, donde habrá que desplegar temas y ámbitos distintos que muchas veces fueron vividos por él de manera simultánea o integrada. Por esto, el relato en las páginas siguientes con frecuencia vuelve atrás en el tiempo.

Ese relato es fruto de valiosos aportes de familiares suyos y de muchísimos amigos que lo acompañamos en tramos de su caminar, entre los cuales me cuento. El lector encontrará también textos en párrafos con un formato diferente, que son palabras del mismo Juan Luis, en las que es él mismo quien precisa, aclara y, sobre todo, expone sus propios sentimientos en esas situaciones.

# Capítulo 1 El niño y el joven

### Infancia en familia

## Los primeros años

En la pequeña plaza de San Esteban, en Valencia, se encuentra uno de los templos más antiguos de la ciudad, que da su nombre a la plaza. El historiador valenciano Gaspar Escolano, que vivió entre 1560 y 1619, fue su rector en 1602 y en su obra conocida como *Las décadas* dice que fue un antiguo templo romano dedicado a Hércules, luego cristianizado. Transformado en mezquita por los árabes, tras la conquista cristiana pasó a ser una iglesia,



El niño Juan Luis

de la cual ya hay noticias en el año 1276; siguió siendo modificado durante la época gótica hasta llegar a su fisonomía actual. En esta larga historia ocupa un lugar importante el bautismo de san Vicente Ferrer, en enero de 1350, y de san Luis Bertrán, misionero en América Latina, ambos dominicos, en la misma pila bautismal, que aún es el lugar preferido de los valencianos para bautizar a sus hijos.

Hasta allí llegó la familia de Vicente y María Josefa con sus hijos Vicente, Ricardo y José María, el 5 de mayo de 1930, para bautizar a su cuarto hijo varón, Juan Luis, que había nacido tres días antes.

Estaban radicados en esa ciudad por el trabajo de Vicente, ingeniero de vías y obras de la Diputación de Valencia. Era hijo de Florentino, médico de Campo de Criptana, en el corazón de La Mancha, en el centro de la península ibérica. Intelectual, culto, con un amplio vocabulario cervantino, de alegre y prolongada tertulia, con chispa y simpatía arrolladoras, de fácil y ameno trato, sobre todo era un hombre feliz. Gustaba de hablar en géneros literarios, con elipsis, metáforas y parábolas sin retraimiento alguno, lo que contrastaba con el estilo de María Josefa, más directa en el hablar, para quien el sí es sí y el no es no, sin ambigüedad ninguna. Ella podía haber tenido otros defectos, pero no concebía la mentira ni decir una cosa por otra.

María Josefa, por su parte, era de Arroyo de Valdivielso, en una de las siete merindades de Castilla La Vieja, en el norte de la provincia de Burgos. Mujer típicamente castellana de esa tierra recia, antigua, histórica, del Cid Campeador. De hecho, Arroyo está muy cerca de Vivar, el pueblo del Cid, esa Castilla en la que sus hombres y mujeres son sobrios para todo, donde la tierra marca a la gente. En ese carácter austero ella tenía también dones de artista: dibujaba y pintaba precioso, hacía hermosos bordados conservados después por sus hijos y nietos. De imaginación efervescente, era habitual que a los hijos les hiciera partícipes de sus ocurrencias.

Vicente siempre compartió con sus hijos: excursiones, paseos en bici, poner el belén, etc. Era tal su relación con ellos que a veces se comportaba como uno más y se podía escuchar el comentario de María Josefa: "Vicente, eres peor que los chicos". Cuando llegaron los nietos, Vicente mantuvo con ellos la misma relación y todos se divertían con él. Hasta hoy día, se ha mantenido el uso de comentarios jocosos, frases y expresiones propias del abuelo en el diálogo de la intimidad familiar.

Era una familia cristiana tradicional, sólida, coherente, muy de comunidad. No solo se rezaba el rosario cada tarde, eran de misa y comunión diaria. Muy unidos, de buena situación económica, aunque durante la Guerra Civil pasaron apuros, como muchos.

Juan Luis tendría unos cuatro años cuando tuvo esta experiencia que le resultó inolvidable: al mirar al cielo vio volando un enorme globo que le parecía un pepino gigante: el *Graf Zeppelin* sobrevolaba Valencia. Fue tal su impresión que corrió gritando donde su madre indicándole el objeto volador. Y no lo olvidó jamás.



El Graf Zeppelin pasó por Valencia el 1.º de noviembre de 1932. La torre alta es de la catedral de Valencia y la llaman "Micalet".

Desde muy pequeño, Juan

Luis iba al catecismo, sin pertenecer a ningún grupo, propiamente, talvez solo siguiendo a sus hermanos. En una de esas primeras ocasiones, con unos cinco años de edad, llegó cuando los otros niños estaban en una fila. Ahí se agregó. El cura hacía preguntas cuya respuesta eran números: cuántas son las bienaventuranzas, cuántos los mandamientos de la ley de Dios, cuántos los de la Iglesia, los sacramentos... Al ver a Juan Luis, le dijo "Juan Luis ¿qué haces aquí?", y le preguntó "A ver ¿cuántos dioses hay?". El niño soltó el primer número que se le vino a la cabeza y dijo: "23". Durante un largo tiempo los demás niños le llamaron el 23.

Por esos años su hermano menor, José Luis, veía que entre sus hermanos mayores había un famoso abrigo que se iba heredando de uno a otro hasta que llegó a Juan Luis. No tardó mucho en tener el presentimiento lógico: "Ese abrigo va a llegar a mí". Un día que Juan Luis vestía el famoso abrigo, le propuso ir a jugar a un resbalín de arcilla que había cerca de la casa de campo, donde era frecuente que jugaran. Pero tenía otras intenciones. Pretendía arruinar ese abrigo tanto que no llegara a él. Llegaron al resbaladero de tierra, Juan Luis se sacó el abrigo, lo dejó en un lugar muy bien protegido, y le dijo: "Tenemos que cuidarlo para que te llegue a ti como nuevo". José Luis heredó el abrigo.

Otra fuerte impresión que también marcó en Juan Luis un recuerdo perdurable ocurrió poco tiempo después al mirar en la prensa la fotografía del cadáver de José Calvo Sotelo, asesinado el 13 de julio de 1936. Este político había sido ministro durante la dictadura de Primo de Rivera, y luego alcanzó gran popularidad, especialmente en la clase media española.

Yo, por cierto, no entendía absolutamente nada del significado político de ese hecho, pero recuerdo muy bien que "las personas mayores" estaba muy asustadas, con mucho miedo, porque decían que algo espantoso podría suceder después. Efectivamente, unos días después, el 18 de julio, estalló la terrible Guerra Civil de España con el golpe militar bajo el mando de Franco. La fotografía que yo vi quedó muy grabada en mi memoria, pensaba que con el tiempo podía haberla distorsionado, pero el año 2012, teniendo yo 82 años, en un reportaje de la televisión presentaron esa fotografía. Quedé fuertemente impresionado. Pude ver que, a pesar de los años pasados y de tratarse de un recuerdo de la infancia, en mi memoria no estaba distorsionado. La fotografía era exactamente igual a la que yo guardaba.

### La Guerra Civil

Era el mes de julio, en vacaciones de verano, cuando estalló la guerra. Juan Luis estaba en Arroyo de Valdivielso por motivos de salud, y a comienzos de ese mes habían llegado también ahí su madre y sus cuatro hermanos, ya que José María, el tercero nacido en diciembre de 1928, había muerto a los cuatro años, en julio de 1933, a causa de una meningitis. Después de Juan Luis, habían nacido Pilar y más tarde José Luis. En ese verano, Vicente, el padre, debió quedarse en Valencia reemplazando a otro ingeniero que había muerto y cuyas obras no podían detenerse. Lo normal habría sido que toda la familia gozara allí de sus vacaciones, pero por esa circunstancia no estaban juntos, sino en zonas opuestas para efectos de la guerra: Valdivielso en la zona de Franco, "nacional", y Valencia en la zona "de los rojos".

Madre e hijos quedaron en la antigua casona de Burgos, con los abuelos, dos tías y algunos primos de Bilbao y Santander, llegando a ser 17 personas bajo el mismo techo. Los niños fueron a la escuela de ese pequeño pueblo rural, donde todos se conocían y convivían con sencillez y naturalidad en un ambiente grato y amistoso. En esa escuela, Juan Luis completó su enseñanza básica. Además de los juegos tradicionales, los niños aplicaban lo que oían de sus mayores y jugaban a la guerra donde había alemanes e italianos, sin entender lo que decían, ni tampoco las palabras que usaban, tales como "nazista" o fascista.

Otro aspecto era la gravísima realidad de delación en la que vivíamos y que creaba un ambiente tenso de gran desconfianza de cada uno hacia los demás. Todos venían a ser sospechosos. Los niños también creábamos desconfianza porque los mayores pensaban que podríamos repetir en cualquier parte lo que habíamos oído. Los mayores no hablaban delante de los niños ninguna cosa referente a "los nacionales y los rojos". Y si alguna vez escuchábamos algo, nos

ponían todas las prohibiciones para que no repitiéramos ante nadie lo que habíamos escuchado, y menos si alguien nos preguntaba o nos hacía regalos. De hecho, este sistema de delación fue utilizado.

Pasaban las semanas y los meses, las tropas nacionalistas avanzaban y la guerra seguía. Sin comunicación con Valencia, María Josefa sufría por no saber si su esposo estaba vivo. Aunque cada día se rezaba el rosario, ella instaló un pequeño altar con una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en una pieza de la casa, y cada noche, antes de ir a la cama, reunía a los cinco hijos ante ese altar para rezar por el papá y para recordarles el cariño que él tenía a todos. Era también el momento para una revisión de vida, felicitando por las cosas buenas y llamando la atención por las peleas y fechorías propias de esa edad. Esta forma de ver la vida desde un ambiente de oración fue marcando a todos los hermanos, y este breve e intenso tiempo diario nutrió también la presencia del padre ausente.

Durante la guerra, la familia tuvo el apoyo de los abuelos de Burgos aprovechando los recursos de la huerta y animales domésticos, labores en las que todos colaboraban. La escasez empujaba el ingenio para renovar las ropas y asegurar buena alimentación. Estando en esa situación, las dos hermanas de María Josefa, que tenían la carrera de magisterio, aunque nunca la habían ejercido, decidieron solicitar trabajo de maestras.

Una vez obtenido, todos los meses las dos entregaban el sobre con el sueldo íntegro a María Josefa, hasta que terminó la guerra. Solo entonces, una vez vuelta la normalidad y segura de que Vicente estaba vivo en Valencia, dándoles las gracias María Josefa les devolvió todos los sobres a sus hermanas tal como los había recibido: no había gastado ni un centavo. Pilar, hermana menor de Juan Luis, se enteró de este

hecho siendo ya adulta cuando se lo contó su madre. Quedó conmovida por la sencillez y naturalidad con que vivieron esa actuación tan generosa por parte de las hermanas, sin darle importancia, tanto que de no haber sido por el relato de la madre ningún hijo se habría enterado. Al conocer este relato, Pilar tomó conciencia y valoró aquella prueba de amor profundo entre las hermanas; y admiró mucho más a su familia, el profundo lazo que la une y la recia personalidad de su madre.

Hubo un día especialmente feliz para la mamá. Había llegado carta del papá. ¡¡Estaba vivo!! Era tal la emoción que la mamá sentía necesidad de dar gracias a Dios como familia y buscó hacerlo marcando un hito familiar. Era el 24 de diciembre de 1937. Juan Luis tenía 7 años y, como había ido al catecismo desde muy pequeño, su madre consultó al cura, quien consideró que, efectivamente, estaba preparado para recibir su primera comunión, aunque no era la fecha habitual. Fue así, entonces, que en esa misa del gallo recibió su primera comunión junto a quienes comulgaron esa noche, sin formalidades externas, simplemente uno más de la comunidad. Para Juan Luis lo especial estaba en su interior: dar gracias al Señor porque había llegado carta del papá que estaba vivo y les quería mucho.

Pero la carta había tardado once meses desde que Vicente la escribió. Período en el que habían pasado muchas cosas en Valencia y en toda España. Los bombardeos seguían. La preocupación permanecía. La alegría de tener noticias se veía afectada por la incertidumbre de saber si el papá continuaba vivo.

Este doble sentimiento que vivíamos simultáneamente viene a ser una síntesis de la vida cristiana y que yo la tenía palpable en mi primera comunión en la noche de Navidad. Por una parte, tenía que pedir por el papá que no sabía si en ese momento estaba vivo, si

estaba sufriendo o si estaba bien, tenía que rezar por él y, al mismo tiempo, tenía que dar gracias a Dios que había hecho posible que con la carta recibida pudiéramos sentir su presencia.

En esos largos meses de separación y angustia, María Josefa instaló un enorme mapa de España en la galería de la antigua casona de piedra. Los niños veían a su madre ir poniendo alfileres de colores y banderitas con las que iba marcando el avance de las tropas, para así poder saber si llegaban a Valencia, donde había quedado el padre. Ese rincón de la galería parecía el recinto de un alto mando militar.

Un día, al salir de su casa en Arroyo, Pilar, casi tres años menor que Juan Luis, lo encontró llorando sentado en un banco de piedra de la casa. No había nadie en la calle y él estaba solo llorando hacía ya un rato. Ella se acercó y le preguntó: "¿Por qué lloras, Juan Luis?"; contestó: "Porque mamá no sabe si papá vive". Entonces Pilar se sentó a su lado, lloró con él y al rato, sin mediar palabra, se fueron a jugar.

Cuando el 1 de abril de 1939 acabó la guerra, terminó también la dolorosa situación de estar viviendo en zonas distintas, y mi madre buscó la forma de poder llegar a Valencia. No funcionaban ni trenes ni buses, pero un pariente pudo trasladarla en su vehículo, junto con el mayor de los hermanos. Antes de viajar, al tener plena seguridad de que no era viuda, devolvió a mis tías el dinero que ellas le habían dado durante la guerra. Ellas eran profesoras y el sueldo íntegro que recibían se lo entregaban a nuestra madre.

En Arroyo, en la casa de los abuelos, quedaron los cuatro hermanos menores, y allí llegó, unos meses después, el papá a buscarlos. Estaba muy desfigurado. Las huellas de la guerra eran notorias: había pasado hambre y estaba muy delgado, en las torturas había sufrido mucho y se había llenado de canas, la cabeza era totalmente blanca. Su aspecto había cambiado mucho, y fue una llegada sorpresiva mientras los hermanos jugaban fuera de casa.

Abuelos y tíos quisieron ver si los niños reconocían al papá y los llevaron ante él por orden de edad, de menor a mayor. Les decían que había llegado un señor de Valencia que conocía al papá y les pedían que fueran a saludarlo. Estaban todos de pie y "ese señor" enfrente de la puerta. El hermano menor le saludó como les habían enseñado a saludar en la escuela: levantó la mano diciendo "Arriba España", aunque el saludo correcto era "Arriba España. Viva Franco" al mismo tiempo que se estiraba el brazo derecho al frente con la mano abierta. José Luis cumplió el rigor de la forma establecida. Siguiendo el orden, llamaron a Pilar, quien también cumplió el rito del saludo. Llegó el turno de Juan Luis, que también cumplió correctamente la norma, y se fue a dar un beso a una tía que no había visto. Cuando llegó el turno al hermano siguiente, Ricardo, al abrir la puerta y ver enfrente a "ese señor", gritó: "¡¡PAPÁ!!".

En ese momento, todos los hermanos saltamos como impulsados por un resorte a colgarnos del cuello del papá. La emoción era inmensa. Estuvimos un rato los cuatro juntos colgados, sin decir ninguna palabra. El silencio era absoluto. Abundantes lágrimas de alegría corrían por nuestras caras. Después de un rato, cada uno regresó a su lugar, todos en silencio. Fue un momento muy intenso.

Yo miraba y no me daba cuenta de nada, solamente estaba dentro de mí, viviendo con mucha fuerza una doble emoción: por un lado, sentía mucho deseo de salir a gritar por todas partes: "¡¡Ha venido mi papá!!", pero, por otro lado, al mismo tiempo, sentía una vergüenza muy profunda porque no lo había reconocido. Me sentía muy mal, "soy muy malo", me decía. La vergüenza me paralizaba, no me atrevía a moverme porque, si salía a alguna parte, alguien que me viera me preguntaría cosas y yo, para ser sincero, tendría que decir que no había reconocido al papá y esto me hacía llorar. Pero más allá de mi reacción de vergüenza, lo real que yo palpaba era que el papá estaba con nosotros y nos quería mucho. La felicidad no podía ser más grande.

Para Juan Luis la vergüenza venía también al darse cuenta de la angustia que debió sentir Vicente cuando iban llegando los hijos menores y le saludaban con el frío saludo fascista. Él lo vivió en silencio. Años después, al recordar ese momento que le quedó tan grabado Juan Luis se preguntaba: "¿Cómo es que queríamos tanto al papá si no lo conocíamos?". Habían pasado años de ausencia, y los menores eran demasiado pequeños al estallar la guerra. Ahí fue tomando conciencia de la profunda y gran labor de María Josefa al reunirlos todos los días para rezar por el papá y conversar de él. A pesar de que el papá estaba lejos, ella lo mantuvo muy presente en el corazón de los hijos.

Una segunda vez que Pilar encontró llorando a Juan Luis, fue al día siguiente de la llegada de su padre. Le preguntó por el motivo y le dijo que, de tristeza, porque no había sido capaz de reconocerlo.

# ■ Regreso a Valencia



Ricardo, Vicente, José Luis, Pilar, Josefa y Juan Luis, de 17 años, alumno del seminario con sotana

Vicente llevó a sus hijos de vuelta a Valencia, y dejó al menor, José Luis, en Arroyo, porque aún no estaba en edad de ingreso a la escuela. Las condiciones para vivir eran complejas. El cariño fami-

liar cubría el dolor de un período difícil y largo, con privaciones y sacrificios. La familia recuperó sus rutinas de misa diaria, rosario vespertino, domingos en la mañana paseo en familia al parque de los Viveros, donde se entretenían con los animales.

A veces, al pasar por algunos lugares, Vicente les hacía mirar: "¿Ves aquella ventana en ese edificio? Allí estuve detenido, después me llevaron a la checa (lugar de torturas), me dejaron por muerto". Sin embargo, nunca ni a él ni a María Josefa escucharon los hermanos una palabra con resentimiento, odio o deseo de venganza. Siendo ya mayores, los hermanos, recordando el ejemplo de sus padres, han comentado: "Aunque algunos digan lo contrario, nosotros sabemos que el perdón es posible".

En Valencia, rápidamente los hermanos tuvimos que cambiar nuestras rutinas rurales y asumir las rutinas urbanas, pero esto venía a ser como otra forma de hacer las mismas cosas, porque el marco básico de referencia continuaba siendo el mismo: teníamos que ser buenos cristianos no solo sabiendo rezar, sino sin pelear, sin mentir, sabiendo ayudar en casa y a quienes pudiéramos ayudar.

A los 10 años, Juan Luis dio el examen para comenzar los siete años de bachillerato. Aunque el comienzo le resultó tormentoso, poco a poco fue entrando en el ritmo de los estudios, con particular atracción por las matemáticas, influido por la frecuente ayuda y las explicaciones que recibía de su padre, ingeniero.

Una muy particular entretención de los fines de semana desde octubre hasta Navidad, cada año, era la construcción del belén, el pesebre. Existía en Valencia un concurso público que premiaba los belenes mejor construidos para celebrar el nacimiento del Señor. En el mismo edificio en el que vivían los Ysern, estaba la capilla del lugar de nacimiento de san Luis Bertrán, que solo tenía uso en la fiesta del santo y el resto del año permanecía cerrada. Allí, entre todos, construían el lugar del nacimiento del Señor, para lo cual se preparaban

buscando en libros información sobre la geografía y costumbres en Belén para imaginar lo que harían en su proyecto, con la permanente asesoría y apoyo de Vicente. Cortezas de alcornoque daban forma a colinas y montañas junto a otras de cartón, que rodeaban ríos con puentes y caminos en los que ponían figuras humanas... Varias veces recibieron el primer premio, pero lo más intenso para los hermanos era, sin duda, el proceso y la discusión para resolver con fantasía los innumerables problemas que se les presentaban.

En esos años, los domingos por la tarde, Juan Luis iba a jugar a un centro juvenil de las congregaciones marianas de los padres jesuitas. Todos los hermanos pertenecieron a esas congregaciones que los jesuitas muy inteligentemente disfrazaron con otro nombre. Eran de la época republicana, cuando en Valencia hubo quemas de iglesias, por lo que no les pusieron nombre religioso, sino "Adeljo" (amigos del joven) que permaneció durante la guerra y así siguió después. Del Adeljo se pasaba al Centro Escolar y Mercantil, que eran las congregaciones marianas de adultos.

Su hermano José Luis, al recordar esto, dice que "todos somos de formación jesuita. Arroyo de Valdivielso, está muy cerca de Oña, donde estaba el Colegio Máximo, jesuita, del norte de España. De modo que Juan Luis se iba en bicicleta todos los días del verano a la biblioteca de los jesuitas, mientras yo me iba a pescar o a pasear a la montaña".

El recuerdo de José Luis es que su hermano Juan Luis siempre fue un niño bueno, y asegura que lo dice de verdad. Que era normal, con las travesuras propias de un niño, pero siempre bueno, que nunca ofendió a nadie, muy estudioso, muy colaborador y simpático. Agrega que en la familia todos eran adictos a la eucaristía, y que a Juan Luis siempre se le notó que nació para cura, siempre quiso ser sacerdote, sabía de teología, de catequesis, aclaraba las dudas entre los hermanos.

Sin embargo, Pilar recuerda una anécdota que muestra al Juan Luis niño no tan santo. Un día, paseando con su padre, se sentaron en la terraza de los Helados Italianos ante unas enormes copas de helado. Todos se lanzaron con tremenda avidez sobre ellas, menos Juan Luis, quien empezó más tarde y con parsimoniosa calma. Cuando ya a todos les quedaba una pizca de helado, Pilar preguntó a Juan Luis: "¿Por qué lo tomas tan despacio, Juan Luis?". Él contestó: "Para quedarme el último y daros envidia cuando vosotros no tengáis nada". Pilar dice que se quedó con los ojos abiertos, pasmada, y recuerda el comentario con fuerte ironía, en voz baja, hecho por su padre sonriente: "Sí señor, a eso se le llama amor fraterno".

# ¿Misionero o mártir?

### Ser sacerdote

A los doce años yo sentí que tenía que ser sacerdote y nunca más tuve duda de eso, me parecía algo normal y no entendía por qué otros no comprendían que me sintiera tan seguro de mi vocación. Recuerdo una vez que los mayores me preguntaron qué es lo que yo quería ser; mi respuesta fue la misma de siempre, sacerdote. Pero entonces me colocaron en una hipotética situación como la ocurrida durante la guerra cuando mataban a los sacerdotes y, ante esa situación, me preguntaron qué es lo que yo quería ser, a lo que de inmediato respondí: "mártir". Para mí me parecía lo más lógico y normal, de modo que nuevamente quedé sin comprender por qué no me entendían.

Una duda más práctica apareció después cuando empezaron a preguntarle si quería ser dominico, franciscano, jesuita, carmelita. La figura de san Francisco Javier le resultaba atrayente, con una particular llamada a la vida misionera. Y este llamado le provocó un nuevo problema: qué camino misionero seguir. Se enfrentó a dos alternativas: ir donde hay pocos cristianos o ir donde son perseguidos. Mirando en qué lugar del mundo había menos cristianos, encontró que Japón sería el lugar adecuado, influido talvez por la declaración del emperador Hirohito, después de la Guerra Mundial, en la que decía que él no era Dios. Entonces le pareció que podría ser jesuita, como san Francisco Javier. Pero la otra alternativa era ir al lugar donde hubiera más persecución a los cristianos, dispuesto al martirio. En ese caso tendría que ir a algún lugar de islamismo radical, asociado con los Padres Blancos. Sin embargo, seguía confuso, sin lograr resolver este problema.

Alguien le orientó a buscar director espiritual y así llegó a un sacerdote muy conocido en la dirección de jóvenes, don Eladio España, cuya causa de canonización está abierta en Roma. Aunque él no le resolvió el problema vocacional, se preocupó de ayudarle a mantener una vida espiritual intensa y profunda, invitándolo a hacer voto de castidad por un año. Así, a los 14 años, Juan Luis lo hizo; fue renovándolo todos los años el día de la Purísima, el 8 de diciembre, y siguió haciéndolo hasta realizar la promesa perpetua al recibir las órdenes sagradas; sin embargo, aún con esa promesa, ha continuado ratificándolo cada año en la misma fecha. En esos años juveniles, además, adoptó prácticas penitenciales usuales en la época: todos los viernes una hora de cilicio, por ejemplo, complementado con algunas privaciones.

El discernimiento vocacional quedó resuelto de la forma menos imaginada. Un día, el P. Tarré, el jesuita que dirigía la Congregación Mariana en la sección juvenil, llamó a Juan Luis para plantearle el tema vocacional, porque él veía claro que debía ingresar cuanto antes al seminario diocesano, dejando de lado el debate por las congregaciones religiosas. Esto le dejó tranquilo, sin necesidad de resolver las alternativas estadísticas de población ni los cálculos de persecuciones para su vocación misionera.

Fue entonces cuando escribió una carta a sus padres exponiéndoles su decisión de entrar al seminario sin más demora.

### Valencia, 1-X-45

Bueno papá, ya ha llegado la hora de darnos cuenta de que estoy perdiendo el tiempo miserablemente. El bachillerato no me hace falta para nada, absolutamente para nada.

- 1.º Porque es una vida muchísimo más libre que en el seminario, y además es muy desordenada.
- 2.º Dios me llama ya hace 3 o 4 años y yo tengo que contestar sin hacer esperar absolutamente nada.
- 3.º Para doctorarme no me hace falta de ninguna manera terminar el bachillerato; los estudios eclesiásticos tienen bachillerato con licenciatura y doctorado propios.



Vicente, papá de Juan Luis, en uniforme de ingeniero de obras públicas

¿Para qué me hace falta el bachillerato? Para no ser fiel a la llamada de Dios. El bachillerato está hecho para preparación de las facultades y no para el seminario. En el seminario lograré, sin peligros la misma formación y tendré además la clerical.

¿Es que desconfías de mi vocación de 4 años o de Dios que con tanta paciencia un día y otro me está llamando?

La vocación es una cosa muy seria y por tanto hay que pensar mucho sobre esto, y darnos cuenta de que no tenemos que ser flacos a esta gracia que Dios me ha comunicado de aspirar a ser uno de sus ministros; por tanto, piénsalo. Yo te suplico respetuosamente que me ayudes en mi vocación y no hagas caso ni siquiera de sacerdotes que no sé cómo se les queman los labios ante una vocación tan tan (sic) segura a un muchacho de 15 años: "Ay, si vuelves atrás no habrás perdido tiempo".

Tu afectísimo hijo,

Juan Luis.

Aunque sus padres no dudaban de esa decisión, consideraron que no era el momento oportuno. Estaba en quinto año del bachillerato y le pidieron terminar hasta el séptimo, dar el examen y, con el bachillerato terminado, ingresar al seminario. Así ocurrió. Pero, en aquel momento, también quedó claro para todos que Juan Luis iría al seminario.

#### En el seminario

En 1947, rindió el bachillerato en la Universidad de Valencia, donde obtuvo calificación "notable" y, a los 17 años, ingresó al Seminario Diocesano. Correspondía entrar a Filosofía, donde varias clases eran en latín y los textos estaban en ese mismo idioma. Muchos de los compañeros que llegaban al mismo curso que él, venían del Seminario Menor y ya hablaban latín. Unos doce jóvenes, entre ellos Juan Luis, ingresaban desde procedencias diversas que no incluían saber latín: unos venían del bachillerato, otros ya eran profesionales, uno era viudo con dos hijas religiosas, otro había sido capitán de artillería... El primer año fue duro para este grupo de "vocaciones tardías", principalmente dedicados a aprender Latín y Filosofía. Los demás, casi treinta, seguían el currículo normal que, para los recién llegados, tenía varias asignaturas conmutadas o simplemente dispensadas. Juan Luis, que ya sabía latín, traducía los textos para ayudar a quienes les costaba más, lo que le significaba acostarse tarde y dormir muy poco. La Filosofía la terminó todo el curso, juntos, y ya en ese momento no se distinguía a quienes eran vocaciones tardías.

En cuanto a la vivencia de espiritualidad no encontré mucha novedad, ya que desde hacía bastante tiempo yo tenía mi ritmo personal sacramental, meditación, lectura espiritual y oración que en el seminario me resultaba más fácil seguir al tener todo estructurado y reglamentado. El seminario en Valencia estaba muy cerca de mi casa, y como había un día a la semana que se permitía la visita de los familiares, yo mantuve la relación con ellos todo el tiempo.

Mi espiritualidad era de estricta observancia de normas, lo que fácilmente fomenta el orgullo y no profundiza en la presencia de Dios en los demás, ni siquiera en los pobres, los cuales vienen a ser vistos como objetos de misericordia y no como sujetos que son y que tienen que ser reconocidos como tales, mantienen su dignidad, atributo intrínseco de la realidad misma de persona, cuyo protagonismo debe crecer en el encuentro y convivencia con los demás. En ellos está de modo especial el Señor, que clama con ellos en sus esfuerzos de crecimiento y en sus angustias ante los obstáculos y opresiones que, consciente o inconscientemente, colocamos muchas veces con nuestras actitudes.

Cuando cesó la persecución religiosa, al término de la guerra civil el año 1939, se produjo un fuerte aumento de vocaciones sacerdotales y religiosas en toda España. El edificio del seminario se hizo insuficiente para acoger a todos sin dificultad, por lo que el Arzobispo construyó en Moncada, una localidad cercana, un nuevo seminario con capacidad para mil internos, contando los alumnos del Seminario Mayor y Menor.

Al término de la Filosofía, en el momento de pasar a Teología, a Juan Luis le correspondió el traslado a Moncada con sus condiscípulos y con las mismas asignaturas de todos. Después de los dos primeros años de Teología en Moncada, se trasladó nuevamente a Valencia para vivir en el Seminario del Patriarca, donde se vivía una especial espiritualidad centrada en la eucaristía. Juan Luis llegó a este destacado seminario por haber ganado una beca que premia el nivel intelectual de los postulantes.

El Colegio del Patriarca, fundado por san Juan de Ribera cuando fue obispo de Valencia, es hasta el día de hoy una institución muy venerable en Valencia dedicada al Corpus Christi, a la eucaristía. San Juan de Ribera murió en 1610 y dejó profundamente arraigada en Valencia la devoción a la eucaristía, celebrando cada jueves del año la solemnidad del Corpus Christi. El Colegio del Patriarca tiene "colegiales" que son seminaristas becados por su calidad intelectual que viven en un edificio propio, aunque siguen sus clases en el seminario. Son una especie de grupo selecto que recibe formación espiritual especial.

Sin hacer comentarios, Juan Luis postuló al Colegio del Patriarca, aprobó los exámenes y un día llegó a su casa a contar a sus padres que había ganado la difícil y anhelada beca del Patriarca. Desde entonces, vivía en el edificio del Patriarca, en Valencia, y desde ahí viajaba diariamente al seminario en Moncada. Esta formación marcó profundamente y para toda su vida la espiritualidad de Juan Luis, fuertemente centrada en la eucaristía.

Su hermano José Luis recuerda que, en la época del seminario, Juan Luis tuvo buena salud; sin embargo, sus superiores le recomendaron cuidarla porque trasnochaba mucho al dedicarse a ayudar a sus compañeros y para atender las exigencias de los estudios. Además, ya entonces dedicaba varias horas a la oración.

Durante el tiempo del seminario, mantuve una silenciosa inquietud misionera que se manifestaba cuando se presentaba alguna oportunidad, pero el ambiente que se respiraba era el correspondiente al servicio diocesano. Incluso, como en mi casa hablábamos en castellano, en el seminario tuve que aprender valenciano. La norma que existía en el seminario era que los que en casa hablaban valenciano, en el seminario tenían que hablar castellano, y los que en familia hablábamos castellano, teníamos que hablar valenciano en el seminario.

### Sacerdote

Finalmente, el 29 de junio de 1953, fue ordenado sacerdote junto a otros 55 compañeros. Como una forma de estimular

las vocaciones, el obispo de Valencia celebraba las ordenaciones sacerdotales en diferentes lugares de la diócesis. Por esto, la ordenación de Juan Luis tuvo lugar en la Colegiata de Gandía, y debido al elevado número de ordenandos se hizo una celebración doble, sincronizada, presidiendo una de ellas el arzobispo de Valencia, Mons. Marcelino Olaechea, y la otra el obispo auxiliar Mons. Jacinto Argaya. Esta forma doble era la solución en esa época cuando aún no estaba en uso concelebrar, obteniendo así que los dos obispos ordenaran simultáneamente a una parte de los ordenandos. Juan Luis, a los 23 años y dos meses, recibió el presbiterado con la imposición de manos del obispo auxiliar. Debido a que no tenía los 24 años que exigen las normas, debió recibir la dispensa necesaria desde el Vaticano.

Por su pertenencia al Colegio del Patriarca, lo natural era que su primera misa fuese en día jueves, con la solemnidad propia de Corpus Christi. Pero su ordenación fue algunos días antes, por lo que los dos días siguientes celebró en privado en la capilla del Patriarca, en el mismo lugar donde falleció san Juan de Ribera. Recién el jueves 2 de julio, celebró su primera misa solemne en la monumental iglesia del Patriarca, con todo el exuberante oficio litúrgico igual que en la celebración del Día del Corpus Christi. Por tanto, la solemnidad de la misa tuvo la cadencia del canto gregoriano acompañado por la música del gran órgano de la iglesia. Al día siguiente, el debutante sacerdote bendijo el matrimonio de su hermano Ricardo, el que reconoció al papá después de la guerra, en la basílica de la Virgen de los Desamparados.

Una antigua tradición en la familia, por el lado de su madre, era el traspaso de unos cubiertos de plata, muy antiguos y bonitos, con mucha historia, que pasaban a la primera hija que se casase, desde muchas generaciones anteriores.



Josefa acompañó siempre a sus hijos misioneros.

Así llegaron hasta María Josefa. Meses antes de la ordenación sacerdotal de Juan Luis, ella preguntó a sus hijos si les parecía bien fundirlos para hacer con esa plata el cáliz para Juan Luis, como expresión de gratitud hacia Dios. Los hijos dijeron que Pilar tenía la palabra por ser la única mujer que podía heredarlos: "Para qué quiero yo esos cubiertos..." fue la simpática respuesta de Pilar, lo que provocó la transformación de esos cubiertos cargados de historia en el cáliz de plata de Juan Luis. Para su dorado interior, María Josefa pidió a cada hijo aportar un objeto de oro: una medallita, un juego de aros, etc. El cáliz que ha usado Juan Luis toda su vida está construido con la historia familiar, la generosidad de sus hermanos y el amor intenso que les unió siempre.

Juan Luis reconoce que en esa época era bastante apegado a las normas, bastante "leguleyo", como le gusta decir. Esta pudo ser una tendencia para su decisión de continuar estudiando Derecho Canónico. También pudo influir que otro seminarista, también del Patriarca y de su misma parroquia, acababa de terminar Derecho Canónico en Salamanca y pudo haberle contagiado con su entusiasmo. Este seminarista después fue el cardenal arzobispo de Barcelona, Ricardo Carles Gordó.

#### ■ En Salamanca

Así pues, llegó a Salamanca a estudiar su licenciatura en Derecho Canónico durante los años 1953 a 1955. Fue una época que Juan Luis disfrutó mucho. Su afán por el estudio y sus habilidades intelectuales estaban allí en su mejor ambiente, aunque descuidó algo su salud. Era feliz y, cada vez con más fuerza, veía en este ambiente académico su futuro.

Por aquellos años, mi hermano menor, José Luis, que también sintió la vocación sacerdotal, estaba en el seminario de Valencia, pero su salud era complicada, con frecuentes dolores de cabeza que los médicos no acertaban a diagnosticar, y se pensó que un cambio de clima podría ser la solución. Por esta razón se trasladó a Salamanca, donde también se sintió muy contento y allí siguió sus estudios en la Facultad de Teología.

Sin embargo, un profundo remezón estremeció la tranquila y grata vida académica de Juan Luis en Salamanca, renovando su ímpetu misionero. En una revista leyó un artículo que comentaba el llamado del papa Pío XII, en un discurso, invitando a los sacerdotes españoles a ir a Latinoamérica. Aunque en principio este llamado coincidía plenamente con su antigua vocación misionera y le ofrecía la oportunidad de concretarla, quedó profundamente confundido. Estaba contento y se sentía muy bien en la universidad, donde la actividad académica le atraía mucho, pero la invitación del Papa era muy clara: "Sacerdotes españoles, a Latinoamérica". Él era sacerdote y era 'español'.

Fue un largo tiempo de inquietud, de reflexión, de fantasear: se imaginaba a caballo perdido en los Andes, o en medio del Amazonas picado por mosquitos y amenazado por culebrones. Sufría casi hasta la angustia sin poder tomar una decisión. Era invierno, cuando una noche, muy inquieto, fue a la capilla a reflexionar y ver si podía tomar una decisión. Era un momento terrible, angustiante, lleno de esas imágenes de peligros, miedos y acechanzas desconocidas. Transpiraba de nervios.

De pronto, di un golpe en la banca en la que estaba sentado y dije: "¡Basta!, todo esto es cobardía porque no me atrevo a responder", y entonces dije: "Aquí estoy, cuenta conmigo, Señor". En ese momento desaparecieron todos los mosquitos y culebrones y sentí profunda paz. Mi decisión estaba definitivamente tomada y quedé con mucha paz.

Estaba próxima la Navidad, y en esas vacaciones llegó a Valencia para exponer al arzobispo esta inquietud; escuchó su parecer de que primero terminara la universidad y luego hablarían el tema. También habló con el obispo auxiliar, don Rafael González Moralejo, quien le propuso que al término de la licenciatura estudiara doctrina social de la Iglesia en el Instituto León XIII, a fin de prepararse mejor para ir a América. Para esto acordaron que, al término de sus estudios, iría a hablar con él, tomaría esos cursos y saldría para América mejor preparado. Juan Luis había oído que en Sutatenza, Colombia, había una experiencia de radios "populares", con un planteamiento muy interesante en esa dimensión social de la Iglesia. Era novedoso. Le atraía. ¿Será un lejano embrión de su activo rol en el medio radial años más tarde en Chiloé, con amplia y fértil labor en organismos eclesiales de América Latina?

Conforme al plan acordado con Mons. González Moralejo, al terminar Derecho Canónico, fue a entrevistarse con él, pero no lo encontró. Como se había comprometido para reemplazar al capellán de las Hermanitas de la Asunción en París, Francia, durante los dos meses del verano, debió ir sin inscribirse en el Instituto León XIII. Mientras estaba en París, desde el arzobispado le destinaron como vicario cooperador de una parroquia en Buñol, cercana a Valencia. De modo que, al regreso de París y enterado de esta designación, se trasladó a su nuevo cargo.

### Chile en el horizonte

Al poco tiempo de empezar su labor pastoral en Buñol, y en su afán de llegar al máximo de personas de su parroquia estableciendo con ellas algún vínculo más frecuente que el habitual, puso en funcionamiento una radioemisora muy pequeña y popular, que apenas cubría el territorio parroquial. Tenía los permisos del arzobispado, pero no desde la ley civil, por lo que era clandestina. ¿Quién iba a pedir permiso en tiempos de Franco? De pronto se presentó un inspector para visitar la radio. Sorprendido, Juan Luis, sin saber cómo explicar la inexistencia de documentos legales, para salir del paso le mencionó el concordato entre España y la Santa Sede preguntándole si lo conocía. Al inspector le dio vergüenza no saber de eso, no dijo nada y se fue sin pedir ningún documento. Lo del concordato, sin duda, no fue más que una argucia para salir del paso.

Llevaba poco tiempo en esa parroquia cuando le llamó el arzobispo para pedirle que se preparase a fin de organizar un colegio mayor destinado a discapacitados, ciegos, sordos, etc., para que pudieran estudiar un oficio. Le señaló que para su preparación tenía que ir a Estados Unidos y Tokio donde había ese tipo de colegios, a fin de conocerlos y ver cómo traer esas experiencias a Valencia. El arzobispo le precisó que, cuando se ordenaran nuevos sacerdotes, nombraría uno para ocupar su lugar en la parroquia, con lo que así permitía que él pudiera ir a su preparación. Este encargo del arzobis-

po dejó confundido y descolocó a Juan Luis, ya que se preguntaba por qué tiene que ser un sacerdote el que haga esa tarea que le parecía propia de laicos. Sin embargo, cuando se ordenaron los nuevos sacerdotes, ninguno fue asignado a esa parroquia para reemplazarlo. Su permanencia en Buñol duró dos años.

Mientras, en la Universidad de Salamanca, José Luis, su hermano menor, estudiaba su Teología, ya en segundo año, preparándose para el sacerdocio. Allí llegó el entonces obispo de Chillán, en Chile, Mons. Eladio Vicuña, reclutando seminaristas para invitarlos a su diócesis. La propuesta era terminar los estudios en Santiago, a fin de que se insertaran mejor en la cultura y la pastoral del país. Le habló a un grupo de "inquietos" como les llamó. Comenzó diciéndoles que en los cinco minutos que habían tardado en llegar al salón, él miraba por la ventana y vio pasar más curas que todos los que tiene en Chillán. Los muchachos abrieron los ojos sorprendidos. Luego les habló de Chile, de su diócesis, de las costumbres en el país. Su simpatía y llaneza les cautivó. Al terminar dijo que esperaría fuera del salón para conversar con los "inquietos" que quisieran verle. José Luis, uno de los asistentes, le dijo que estaba dispuesto, pero le pidió que fuera a Valencia para exponer al arzobispo esta situación, porque él no era de Salamanca.

A los pocos días recibió una tarjeta del obispo Vicuña diciéndole que había hablado con el arzobispo y que estaba todo dispuesto para que se fuera a Chile. José Luis escribió a su obispo consultando si tenía permiso para terminar su Teología en la Universidad Católica de Chile. La respuesta no tardó en llegar, pero le agregó: "Tú no te vas solo. Tu hermano Juan Luis se va contigo". ¡Sorpresa! José Luis no se imaginaba que Juan Luis era parte del viaje.

¿Qué había ocurrido? Cuando don Eladio Vicuña pasó por Valencia, habló con el obispo auxiliar y le pidió que autorizase a José Luis para viajar a Chile. El obispo auxiliar llamó entonces a Juan Luis y, recordándole su interés misionero, le propuso ir a América del Sur acompañando a su hermano, porque querían evitar que los sacerdotes viajaran solos. Juan Luis aceptó, pero le expuso el pedido que tenía del arzobispo de prepararse para abrir un colegio especial. El obispo auxiliar le liberó del encargo y le pidió esperar hasta el último día para avisar su traslado a la gente de la parroquia, y evitar así posibles complicaciones. Entonces, cuando salió Juan Luis de la parroquia, dejó grabado un mensaje para ser transmitido al día siguiente de su partida, de modo que su despedida fue por la radio, sin más. De este modo dejó su primera destinación parroquial.

Juan Luis comunicó esta decisión a Pilar, y le pidió a ella ponerla en conocimiento de sus padres. No era fácil para Pilar. Buscó la oportunidad apropiada, y un día, estando a solas con su madre mientras ella bordaba, se lo soltó: "Mamá, tengo que contarte algo importante, los chicos se van de misioneros». María Josefa dejó de bordar, se volvió hacia ella y le preguntó: "¿Quién?", contestó: "Los dos". Ella agachó la cabeza con sus manos juntas, se hizo un silencio profundo, dolorosamente interminable. Al fin, levantó la cabeza, siempre con las manos juntas y con una firme serenidad dijo: "Si es para mayor gloria de Dios, amén" remarcando con fuerza el amén. Y siguió bordando. Pilar quedó sin reacción, con un escalofrío ante aquella sincera, seria y plena aceptación de su madre. Fue María Josefa quien transmitió la noticia a Vicente. Hubo algunos comentarios posteriores de disconformidad no por la decisión misma, sino porque José Luis no había terminado sus estudios. Sobre todo a Vicente le desagradaba que dejara sus estudios superiores sin terminar. Cuando se

enteró que los terminaría en Santiago de Chile, todo quedó en calma.

La tarea de Pilar no estaba concluida. Faltaba dar la noticia en Arroyo, donde quedaba una de las hermanas de su madre, con su marido, hombre de paz y cariño. Las dos hermanas de María Josefa adoraban hasta el extremo a estos sobrinos que, para ellas, eran lo mejor del mundo. Esta tía que quedaba viva era la de genio más fuerte, que lo mostró sin pudor al escuchar repetidamente a Pilar contarle que los dos hermanos se iban de España. Insistía en preguntar quién era ese obispo americano, que qué autoridad tenía para llevarse a los dos, que eso era un robo, que no encontraría en todos los caminos de España otros mejores, y golpeando con el puño en la mesa repetía "ladrón, ladrón". Pilar no podía dejar de comparar esta reacción con la de su madre. Pasado el tiempo, comentando en familia esos distintos temperamentos de las hermanas, les nacía una sonrisa y disfrutaban de esta familia de verdad, unida y amadísima.

## Viaje a Chile

Así, pues, los dos hermanos se alistaron para partir a América. Don Eladio Vicuña en Salamanca reclutó a uno, pero el otro le llegó "de yapa", como él mismo solía decir.

Estaban en los preparativos, cuando un día María Josefa pidió a su marido y asus hijos que hicieran su firma en un papel. Ella no daba explicaciones. "Alguna ideilla de mamá", comentaban. Algunos días más tarde, puso sobre la mesa del comedor un enorme mantel con las firmas de cada uno bordada en el mismo lugar donde se sentaban alrededor de la mesa. El impacto fue grande. Lo inauguraron en la cena de despedida a los hermanos misioneros. Ese mantel permane-

ce en la familia, y se usa cada vez que están juntos, incluso apareció como mantel de altar en la boda de alguna sobrina nieta, por ejemplo.

Para ir a América llegaron hasta Barcelona, donde embarcaron en el *Cabo San Roque*, que los llevó hasta Buenos Aires en un viaje de algunas semanas. Una vez que llegaron a esa ciudad, ya americana, los cuatro misioneros que venían a Chile, los hermanos Ysern y otros dos también españoles, tuvieron que esperar varios días para tomar el tren que los llevaría hasta Mendoza, y desde ahí el transandino para cruzar los Andes y llegar a Santiago. Finalmente, el 6 de enero de 1959 llegaron a la Estación Mapocho, donde los recibió don Eladio.

Estando en Buenos Aires, el 1.º de enero del 59, Fidel Castro llegó a La Habana. En Argentina gobernaba Perón, poco antes habían quemado una iglesia. Íbamos con sotana por la calle cuando un hombre me escupió. Me impactó mucho y me hizo ver que llegué a un lugar de persecución. Antes, al estar en Montevideo, vi un afiche de propaganda electoral donde aparecía la hoz y el martillo del partido comunista, lo que me impresionó mucho, porque para mí esa imagen estaba asociada con el demonio, la muerte, el infierno. En época de Franco, se había difundido mucha publicidad haciendo esa asociación. Me impresionó mucho ver esa imagen en la calle como algo normal.

Ya en el tren, desde los Andes, sentimos hambre. Pasó una persona vendiendo paltas, que nosotros no habíamos visto nunca. Compramos para los cuatro, pero no sabíamos qué hacer. Le sacamos todo lo verde de encima para llegar a lo más duro, pensando que era una nuez, pero vimos que era demasiado dura y no se podía comer. Fuimos a la plataforma y, presionándolo con la puerta, conseguimos abrir el cuesco, y ahí vimos que era imposible comerlo. Nos quedamos sin comer porque habíamos perdido todo.

Ya instalados en Chillán, don Eladio mostró a los hermanos Ysern una carta que había recibido por avión. En un

texto precioso María Josefa le decía: "Señor obispo, soy la madre de Juan Luis y José Luis Ysern. No me quedo aquí al otro lado del mar llorando por la lejanía de mis hijos, yo me voy con ellos. Yo soy con ellos la primera misionera para su diócesis...". Emocionado al recordar este episodio, José Luis añade que su madre era una mujer con un sentido de iglesia y teológico genial. Muy abierta, siempre estudiando los materiales que les pedía acerca del Concilio Vaticano II. Ella gozó el Concilio. Recuerda que su padre la seguía y apoyaba, pero ella era la de las iniciativas. María Josefa murió a los 103 años, llena de vida, feliz y siempre muy cercana, acompañando a sus hijos y haciéndose parte de sus andanzas.



Adelante: José Luis, Pilar, Josefa y Vicente; atrás; Vicente (hijo), Juan Luis y Ricardo

# ÍNDICE

Agradecimientos	3
Prólogo: Ha hecho vida el Concilio	5
Introducción	7
Capítulo 1: El niño y el joven	
Infancia en familia	9
Los primeros años	9
La Guerra Civil	13
Regreso a Valencia	18
¿MISIONERO O MÁRTIR?	21
Ser sacerdote	
En el seminario	24
Sacerdote	26
En Salamanca	29
Chile en el horizonte	31
Viaje a Chile	34
Capítulo 2: Los inicios en Chile	
MINISTERIO EN CHILLÁN	37
Quirihue	
En la curia de Chillán	
EL EPISCOPADO	
Destino: Calama	
El Movimiento Calama	
La Caravana de la Muerte	
Últimos días en la prelatura	72

OBISPO DE ANCUD	74
La llegada a Chiloé	76
El rito de acogida al obispo	79
La bendición de los padres	92
Reconciliación y perdón	95
CAPÍTULO 3: Iglesia en marcha	
Una pastoral integrada e integradora	101
Todos tienen un rol activo	101
Remando juntos	102
El sínodo permanente	106
Un paréntesis	113
PUESTA EN MARCHA	118
La asamblea sinodal	118
El documento final	122
Planificación y evaluación	124
El método	129
La contemplación	129
Para transformar la realidad	131
Ver: metáforas del monasterio y el observatorio	133
Metáfora del monasterio	134
Metáfora del observatorio	137
Juzgar: metáforas de la espada y del amanecer	139
Metáfora de la espada	140
Metáfora del amanecer	141
Actuar: metáforas del sínodo y del parto	142
Metáfora del sínodo	143
Metáfora del parto	145
LA CATEDRAL DE ANCUD	_
El Decreto Ley 889	158

Capítulo 4: Cultura y desarrollo	
LA CULTURA	163
Identidad cultural	166
Una historia de diálogo cultural	172
Y ahora, ¿hay diálogo cultural?	174
SER CHILOTE	
La identidad cultural de Chiloé	
La Comisión Diocesana de Cultura Chilota	
La música sacra chilota	183
Restauración de las iglesias	185
Patrimonio de la Humanidad	189
Premio Nacional de Conservación	195
Maquetas de iglesias chilotas en La Moneda	196
El intangible	198
DESARROLLO INTEGRAL	201
FUNDECHI y el Proyecto Astillas de Chiloé	202
Diálogo para el desarrollo	
La Fundación Con Todos	213
Puente sobre el canal de Chacao	215
EL CUIDADO MEDIOAMBIENTAL	220
El bosque nativo	
Douglas Tompkins	
Premio Luis Oyarzún de la Universidad Austral	228
Comunicación y Desarrollo	
Capítulo 5: Comunicación	
Comunicación para la comunión	231
Una definición creativa	
Radio Estrella del Mar	
Jóvenes periodistas	
Los profesores de Chonchi	

Los Cuadernos de la Historia	246
Otras aplicaciones de los Cuadernos de la Historia	249
Los comunicadores populares	253
El Servicio de Comunicaciones, SERCOM	256
La Enciclopedia cultural de Chiloé	257
Los cronistas	261
PASTORAL DE LAS COMUNICACIONES	262
Institución y carisma	264
Silencio y soledad	265
Frente a las nuevas realidades	267
La evangelización	269
Proyección nacional e internacional	271
Tareas a nivel nacional	271
Dimensión internacional	276
Las organizaciones católicas de comunicación social	278
En el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)	
Crónicas en castellano antiguo	291
Con el Pontificio Consejo para la	
Comunicaciones Sociales	293
Capítulo 6: Los derechos humanos	
ENFRENTAMIENTOS CON AUTORIDADES	299
Relegados en Chiloé	
El tedeum de 1986	
Secuestran a opositores del Gobierno	
Un encuentro ejemplar	
Frente a la dictadura	316
En busca de la verdad	316
Diaconía de la Reconciliación	320
¿Qué se puede hacer?	
Ingratos ataques	324

La excomunión a los torturadores	327
Premio de la Comisión Chilena de Derechos Humanos	332
OBISPO HUILLICHE	333
Otra nueva nacionalidad	336
La causa indígena	342
Capítulo 7: Jubilado activo	
Preparando el retiro	350
RECONOCIMIENTOS Y PREMIOS	351
Premio Pablo Neruda	352
Miembro de la Orden de Isabel la Católica	354
Hijo ilustre de Ancud	355
Premio Ensamble	356
Despedida de Chiloé	356
Residencia en Santiago	358
SU CAMINO EN EL CAMPO JUDICIAL	359
Los primeros pasos	360
Siendo obispo	362
Ante el matrimonio	364
En la Conferencia Episcopal	365
Los procesos matrimoniales	367
Los nuevos aires para las nulidades	368
APÉNDICE	371
CRITERIOS ORIENTADORES DE SU VIDA	
RECONOCIMIENTOS RECIBIDOS	375